

AISA

Mussolini, en la marcha sobre Roma.

COLECCIONABLE Página/12

Mientras la guerra continuaba su curso, los franceses vivían en el limbo de Vichy. La Resistencia sólo comenzó a cobrar cuerpo a partir del desembarco en Normandía. Italia vivía la paradoja de ser un país aliado de Alemania y a la vez ocupado por sus tropas. Javier Tusell expone esta situación, en tanto que Enrique Moradiellos se ocupa de España y de los exiliados republicanos en Francia.

COLABORACIONISTAS, RESISTENTES Y 'NEUTRALES'

COLABORACIÓN

JAVIER TUSELL UN RASGO DISTINTIVO DEL CONFLICTO BÉLICO EN TODAS PARTES, PERO DE MODO ESPECIAL EN FRANCIA E ITALIA

Con ocasión de la ratificación del tratado de paz en julio de 1947, Luigi Einaudi, el economista y político italiano, pronunció las siguientes palabras: "No es verdad que las guerras mundiales fueran determinadas por factores económicos; es verdad, en cambio, que fueron guerras civiles, de religión... Parecieron guerras entre estados y pueblos, pero su característica fundamental, la que las distingue de la mayor parte de las guerras del pasado, reside en que fueron guerras combatidas en el seno de nosotros mismos".

Esta afirmación ha acabado por ser aceptada por la mayoría de franceses e italianos, aunque, por supuesto, la guerra de 1939-1945 no fue sólo una guerra civil, sino también patriótica e, incluso, de clases. En Francia e Italia, dividió por motivos ideológicos a la respectiva sociedad, superponiéndose a la ocupación extranjera. En realidad el clima de guerra civil precedió al estallido de la guerra mundial, tal como demostró la guerra española (de la que Koestler escribió que tanto en Madrid como en la prensa de todo el mundo se luchaba por la capital española como los cruzados por el Santo Sepulcro). El enfrentamiento español se trasladó al resto de los países europeos; el dirigente socialista francés Leon

Rendición incondicional
Una patrulla alemana se rinde a una columna de Canadá en un pueblo francés. El muchacho de la izquierda es un miembro de la Resistencia y ha servido de guía. Arriba, la retirada de Dunkerque.



RICHARD EURICH / IMPERIAL WAR M

Y RESISTENCIA

FUE QUE DIVIDIÓ POR MOTIVOS IDEOLÓGICOS A LAS SOCIEDADES, LUCHA QUE SE SUPERPUSO A LA OCUPACIÓN EXTRANJERA


W. B. DESCHAMS / CANADIAN WAR MUSEUM

Blum explicó que en su "jerarquía de los deberes", antes de 1939, había estado evitar la guerra civil entre franceses.

El enfrentamiento de la preguerra acabó por ser una cruenta guerra civil a partir de septiembre de 1939, una guerra de masas, que implicaba a todo el mundo. La guerra tuvo un carácter tan total que revestía un aire seudo-religioso, como ya advirtió Einaudi, como se aprecia claramente en la demonización del enemigo: los fascistas calificaban de "antinacionales" a los partisanos; los beligerantes advirtieron del peligro que corría el adversario (por ejemplo, a través de esos cadáveres expuestos por las SS o los maquis con un cartel que indicaba el motivo de la ejecución o de las mujeres con el pelo al cero por haber mentenido relaciones sexuales con alemanes). Ambos bandos presionaron por la violencia a quienes querían ser neutrales. Sobre todo, la noción de guerra civil implica que hubo dos bandos en cada nación. A partir de la posguerra se hizo una interpretación heroica de lo sucedido que pretendía que la colaboración había carecido de motivos ideológicos y había sido sólo traición, que los neutrales no existieron y que el adversario había sido extranjero, y se le identificaría, además, con el fascismo. Pero la realidad histórica no fue ésa.

En los dos países, la guerra de 1939 comenzó como un conflicto nacional. Francia, protegida por la línea Maginot y por un ejército que tenía la fama de ser el primero en Europa, ignoraba el grado de envejecimiento no sólo de su estrategia y su material militar, sino de sus propias instituciones. La derrota francesa del verano de 1940 fue una sorpresa, pero tan abrumadora que dio la sensación de resultar irreversible y exigir una reconstrucción nacional desde la base. Fue eso lo que explica que Pétain tuviera un amplio apoyo durante mucho tiempo. De Gaulle, en cambio, apenas tuvo tras de sí dos parlamentarios y unos millares de hombres, un elevado porcentaje de los cuales eran españoles.

Mussolini no previó ni preparó la guerra y sólo estuvo interesado en llegar en las mejores condiciones a la mesa en que se discutiera la victoria. Su propósito fue combatir, no con Alemania ni por Alemania, sino a su lado para beneficiarse de su esfuerzo. Pero olvidó la sentencia de Maquiavelo: "Todos los profetas armados vencen y los desarmados se arruinan". La alianza entre Alemania e Italia siempre fue desigual porque la primera, que tenía el po- ▷


E5

LAWREN P. HARRIS / CANADIAN WAR MUSEUM

▷ der militar, impuso una geografía del conflicto ajena a los intereses italianos. Antes de 1943, para los italianos, la guerra parecía una aventura remota. Después de esa fecha, Italia vivió la paradójica situación de ser un "aliado ocupado". Aunque Mussolini mantuvo una República Social italiana en el norte, versión radical del régimen fascista, e Italia mantuvo la independencia nominal, la mayor parte de su ejército fue enviado a trabajar a Alemania y fue esto la verdadera responsable de las operaciones militares en la Península.

El caso francés testimonia hasta qué punto en el verano de 1940 la guerra parecía resuelta a favor de Hitler y, en consecuencia, se imponía la adecuación a la situación. La Tercera República hizo una rápida transición que suprimió la democracia a partir de su propia clase política: sólo uno de los prefectos de 1940 dimitió después de la derrota. El propio Pétain no era un hombre de derechas monarquizante, sino un republicano que había sido vicepresidente del último Gobierno; Laval, el protagonista principal de la colaboración, tenía un pasado socialista. Ambos pensaban que el desastre había sido semejante al de 1870 y que, con una política de colaboración, Francia pasaría de víctima de la guerra a una situación más confortable. El mariscal se presentó como un padre que ofrecía su vida al lado del pueblo para conseguir que sobreviviera a una amarga tragedia; eso le dio en un principio una enorme popularidad. Su mentalidad estaba mucho más cerca de Salazar (y Franco) que de Hitler. Pero lo que éste quería era una Francia que se dejara explotar y aceptara la derrota y con Pétain la logró. Con el paso del tiempo, además, se demostró que, si era posible ser colaboracionista sin ser fascista, resultaba muy difícil que no se produjera la identificación final entre los dos términos. La mayoría de los franceses creyeron en que era posible un "nuevo punto de partida" regenerador que sólo con el tiempo se demostró un fiasco.

No hubo sólo colaboracionismo de Estado, sino también político-ideológico. En todos los países y también en Francia, que desempeñó un papel en la gestación del pensamiento fascista mucho mayor del que se suele admitir, hubo un "potencial" colaboracionista. Los fascistas franceses (algunos de los cuales procedían de la izquierda, como Déat y Doriot) criticaron muy a menudo, desde el París ocupado, a Pétain: para ellos era una caricatura senil de la fascistización que había que llevar a cabo. Pero ¿y la Resistencia? La respuesta es que, a las alturas de 1940-1942, apenas si existía y que, además, durante el resto de la guerra desempeñó un papel mucho menor del que se ha solido atribuirle. En fecha tan tardía como 1944, sólo el 2% de las bajas alemanas fueron causadas por el maquis, cuya importancia sólo despuntó a partir del desembarco de Normandía.

Al lado de la colaboración y de la Resistencia existió también un mundo indiferente o neutral que probablemente resultó mayoritario durante mucho tiempo. En él, por sorprendente que pueda resultar, figuraron algunas de las figuras claves de lo que fue el mundo cultural progresista de la posguerra. No debe entenderse la mención a ellos como una denuncia, sino como una constatación de la complicada realidad histórica vivida entonces.

Escaramuzas aéreas

Tres soldados de la artillería antiaérea aliada vigilan el cielo de Ortona (Italia) para apoyar la acción de sus aviones. A la derecha de la imagen, un aparato tocado cae al agua de manera irremisible.

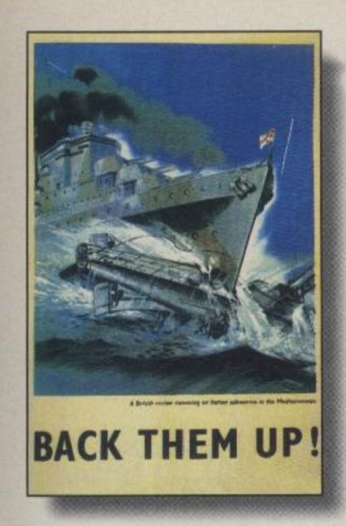
Frente a lo que podía pensarse, los alemanes propiciaron en París la existencia de un cierto colaboracionismo cultural que el escritor Celine denominó "como "el reino de Abetz", el nombre del embajador alemán. Una exposición de Breker, un discípulo de Maillol que era el artista ideal de Hitler, fue acogida con entusiasmo por la crema de la intelectualidad parisiense, Cocteau incluido. A pesar de que el Reich criticara el "arte degenerado", un grupo de pintores de la vanguardia (Van Dongen, Vlaminck, Derain…) aceptó la invitación a un viaje seudopolítico a Alemania.

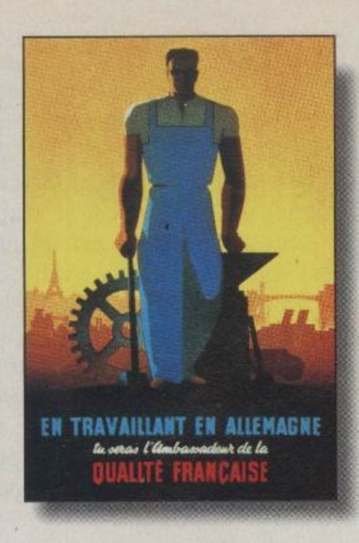
Picasso mismo, el modelo de artista comprometido de la posguerra, sin tener nada que ver con el colaboracionismo tampoco hasta 1994, ofreció la imagen de un resistente. Luego dijo que él no había pintado la guerra, pero que ésta había estado presente en su pintura; la realidad es que le afectó mucho más su propia vida sentimental o la muerte de Julio González que la guerra. Si permaneció en París, habiendo podido huir a Estados Unidos, fue por inercia, y se adaptó a las circunstancias hasta el extremo de firmar una declaración de que no era judío —se declaró católico— porque era imprescindible para seguir en su profesión. Ayudó a muchos pintores exiliados españoles, más politizados que él, pero también recibía a oficiales alemanes en su estudio. Su conversación con Junger (tras la que decidieron hacer la paz en el mundo) resulta, como mínimo, enigmática. En 1944, sin embargo, estaba ya en contra de los nazis. El súbito surgir de un tema vegetal en uno de sus cuadros posteriores a Normandía ha sido interpretado como el testimonio de una esperanzada alegría, pero sus cuadros más comprometidos fueron posteriores. En otoño de ese año, liberado, ingresó en el partido comunista, cosa que pronto supo la Policía española. Siempre tuvo relaciones muy peculiares con el PC, pero no cabe duda de que el hecho de que apareciera en estos momentos como "el partido de los fusilados" jugó un papel decisivo en su opción.

La mentalidad de Pétain estaba mucho más cerca de la de un Salazar o un Franco que de la que hacía gala Hitler

El título del libro que relata la biografía del Sartre de estos años no puede ser más expresivo: *Una ocupación tan dulce.* El filósofo existencialista, soldado en 1940, recibió un tratamiento muy benevolente, permaneciendo sólo nueve meses en prisión. Luego se incorporó a la vida intelectual parisiense y allí escribió en una revista colaboracionista llamada *Comoedia.* Luego acusaría a Gide y a Malraux de no haberse incorporado, a su propuesta, a la Resistencia, pero es más que dudoso que lo hiciera, porque pudo estrenar *Las moscas* y *Huis clos* durante la ocupación en teatros colaboracionistas. Simone de Beauvoir, su compañera sentimental, fue expulsada de su puesto docente, pero no por motivos políticos, sino tras una acusación de lesbianismo y supuesta corrupción de una menor. Ambos suscribieron la declaración de no ser judíos. Sólo cuando se aproximaba la liberación de París, Sartre huyó de París; no pudo, por tanto, luchar en las barricadas, aunque pretendiera luego haberlo intentado. Sin embargo, desde su revista *Les lettres françaises* fue, en 1945, el gran propugnador de la depuración de los intelectuales.

En realidad, la guerra civil en Francia fue un acontecimiento limitado a la fase final de la guerra, es decir, en torno a 1944. Es verdad que en el sur y en el centro del país la liberación fue obra de la Resistencia, y que luego Eisenhower pudo decir que el maquis había supuesto para él el equivalente a diez divisiones. Sin embargo, la Resistencia pudo cumplir ese papel porque el curso de las operaciones militares se había trasladado al norte. Por otro lado, sobre todo en sus orígenes, la Resistencia tuvo un componente extranjero muy considerable: Manuel Azcárate ha contado en sus memorias que el primer atentado contra alemanes en Burdeos fue llevado a cabo por comunistas españoles. Los exiliados españoles se han atribuido nada menos que un tercio de los efectivos de la Resistencia, cifra exagerada pero que explica no sólo que liberaran muchas ciudades del sur (como Toulouse, Foix, Perpiñán…), ▷









▷ sino que controlaran toda la zona pirenaica, desde la que pretendieron promover la invasión de España. También hubo polacos en la Resistencia y, al tiempo, con los alemanes colaboraron, incluso en la cruel matanza de Oradour, alsacianos que eran miembros de las SS.

En Italia no se puede decir que el apoyo al fascismo se hubiera reducido a la nada después de 1943. La mejor prueba de ello es que 245.000 soldados estuvieron encuadrados en el ejército fascista y otros 135.000 en las milicias y la policía. El régimen para hacerse popular pretendió pasar por revolucionario e instituyó consejos obreros en las fábricas, pero, además, para ser tomado en serio, empleó la coacción y la violencia con los menos beligerantes.

La guerra civil italiana estalló también en los primeros meses de 1944: en marzo hubo una huelga general en el norte y Hitler pensó deportar a uno de cada cinco trabajadores a Alemania. Las crecientes exigencias de ésta en trabajo forzado provocaron huidas al monte y, por tanto, el crecimiento de la resistencia partisana. En los 20 meses finales de la guerra hubo más de 300.000 muertos, en su inmensa mayoría civiles, una cifra que triplica el número de soldados caídos durante el periodo 1940-1943 en operaciones regulares. Se ha podido calcular que perecieron 45.000 partisanos en combate y otros 10.000 en operaciones de represalia. Como en el caso de Francia, las fuerzas regulares de los países anglosajones tuvieron conflictos con la Resistencia, cuya actividad trataron de limitar.

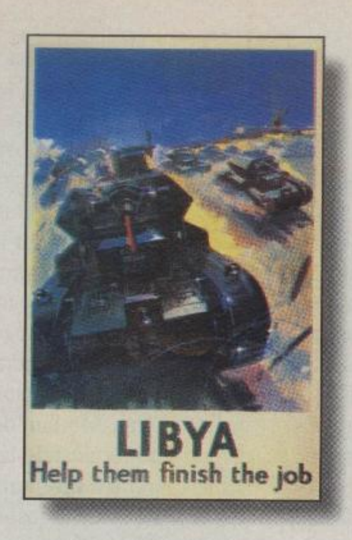
Lo que explica que Pétain tuviera tan amplio apoyo fue que parecía totalmente irreversible la derrota de 1990

En Italia, el clima de guerra civil no se desvaneció, sino que perduró en el medio rural hasta comienzo de los años cincuenta, aunque con otras formas. Entre 1946 y 1952, el Estado se incautó de casi 200.000 fusiles y unos 170 cañones que habían ocultado los *partisanos.* En la región de Emilia Romagna, la Italia roja por excelencia, hubo una cincuentena de asesinatos de sacerdotes en el mismo periodo por lo que cabe deducir que los enfrentamientos entre alcaldes comunistas y párrocos no revistieron siempre el aire humorístico habitual en la novela de la época. El cine neorrealista fue testigo de la lenta normalización italiana. Sólo empezó a traslucirse un cierto optimismo en torno a 1953: en *Pan, amor y fantasía,* de Comencini, la opulencia de la Lollobrigida venía a ser una metáfora del comienzo de la prosperidad; en *I vitelloni,* de Fellini, el protagonista dice que "este año la gente quiere divertirse en el carnaval". Se acercaba el "milagro italiano".

El mejor testimonio de que en Francia y en Italia hubo una











BEN SHAHN / THYSSEN BORNEMISZA

auténtica guerra civil lo proporciona el hecho de que a partir de 1945 pareció imprescindible en ambos países sancionar a los perdedores. No fueron sólo los políticos los que percibieron esta necesidad, sino también los intelectuales, y lo hicieron por motivos morales. Albert Camus llegó a decir que "un país que falla en su depuración fracasa en su renovación". La razón era, para él, muy clara: se estaba viviendo el trágico nacimiento de una revolución.

A la represión legal contra el adversario le precedió la extralegal, al margen de formalidades judiciales. En Francia casi 10.000 personas fueron ejecutadas por estos procedimientos, la mayoría mientras se desarrollaban las operaciones militares. En 1946 había 125.000 franceses en prisión. Sin embargo, los ejecutados fueron pocos: apenas unos ochocientos, aunque el número de condenas a muerte fuera muy superior. Algo menos de 50.000 personas sufrieron penas de prisión o trabajos forzados y 55.000 fueron castigadas con la pena infamante de "degradación nacional"; unos 22.000-28.000 funcionarios recibieron sanciones de algún tipo. En realidad, la represión fue suave, porque las penas no se cumplieron en su totalidad y, además, fue poco duradera. En 1951 aún había 3.000 presos, pero en 1960 tan sólo quedaban nueve. La represión resultó más dura allí donde existió un colaboracionismo que tenía fundamento cultural (en Alsacia fueron sancionados el 10% de los carteros). En el mundo profesional, la única depuración de importancia fue la llevada a cabo en la prensa. Los propios intelectuales de la Resistencia, como Camus, acabaron pidiendo benevolencia para el mundo cultural: aunque el escritor Brasillach fue ejecutado, Celine sólo fue condenado a un año de cárcel y algunos pintores, como Vlaminck, no pudieron exponer durante algún tiempo.

En Italia, la represión espontánea causó 15.000 muertos, cifra superior a la francesa que se explica por la mayor duración de los combates en territorio nacional; en esta cifra hay que computar al propio Mussolini y a su amante, cuyos cuerpos fueron exhibidos en la plaza de Loreto de Milán. Después, ya en una situación más legal, pudo haber entre quinientos y mil ejecutados. La depuración administrativa fue mínima y a ello colaboró el propio Togliatti, líder de los comunistas, como ministro de Justicia. En el fondo se sabía que el fascismo había sido aceptado durante años por la sociedad italiana y que una depuración total hubiera sido demasiado complicada y peligrosa.

Existió, además, voluntad de cicatrizar la herida de la guerra civil, en parte porque la democracia es siempre be- ▷

El régimen de Vichy
El artista norteamericano Ben Shahn, oriundo de Lituania y considerado como un *realista social,* reflejó en este cartel de 1942 una redada contra los obreros sometidos al régimen de Vichy.

▷ névola y en parte también por deseo de olvidar. El dirigente radical francés Herriot llegó a decir que "la patria es una madre" y "no puede admitir que sus hijos se desgarren sobre su seno". Cuando, en 1953, fueron juzgados los responsables de Oradour, los franceses fueron perdonados de forma inmediata —De Gaulle señaló que no se podía mantener una "amarga herida a la unidad nacional"—, pero permanecieron las sanciones sobre los alemanes, lo que motivó una protesta de las autoridades de la República Federal. En Italia, la guerra civil fue sepultada en el olvido con el deseo de hacer desaparecer al mismo tiempo los traumas que había provocado. Se recurrió a hacer una distinción entre las dos décadas fascistas y el bienio de la República Social Italiana. La colaboración durante las primeras se toleró, pero mucho menos durante la segunda etapa.

Mussolini sólo estuvo interesado en llegar en las mejores condiciones a la mesa en que se discutiera la victoria

La represión de la posguerra muestra la distancia existente entre el caso español y el de Italia y Francia. Tras la guerra civil hubo en España, como mínimo, 30.000 ejecuciones y la depuración administrativa afectó quizá a un tercio de los profesores universitarios y a un cuarto de los diplomáticos. Eso no quiere decir que los españoles fueran más bárbaros, sino que su guerra duró más y acabó con una dictadura mucho menos generosa que cualquier democracia.

Tanto en Francia como en Italia, la visión de la guerra como guerra civil ha acabado por imponerse con el tiempo. Los libros aparecidos en los cincuenta y los sesenta presentaban inevitablemente al colaboracionismo como mercenario, conspirador desde hacía décadas contra la democracia y sin peso social, mientras que la Resistencia era una rebelión temprana que representaría a la inmensa mayoría. Sabemos que no fue así, pero conocemos también la razones de esa mitificación: la generación de la guerra gobernó hasta 1968 y para ella era necesaria este género de recuerdo del pasado; lo era de manera especial cuando, como en el caso de Italia, había una oligarquía política que necesitaba argumentar su permanencia en el poder. La crítica a esta interpretación empezó a despuntar en la segunda mitad de los sesenta y había conseguido un apoyo indudable entre los historiadores ya en los ochenta. La caída del muro de Berlín ha planteado problemas muy semejantes y, por tanto, ha dado actualidad a una cuestión como ésta. Ahora ya no se plantea la vida de estos años en blanco y negro, sino con todo tipo de matices del gris. Si, por un lado, ha sido un cambio de la mentalidad y de la cultura quien ha provocado una modificación del punto de vista de los historiadores, por otro ellos mismos han contribuido a ese cambio.

Como sucedió en España con la guerra civil, la etapa de Vichy empezó a ser estudiada en términos científicos por extranjeros. Fue un historiador norteamericano, Robert Paxton, quien por vez primera presentó el régimen de Vichy desde sí mismo y no a partir de la óptica de la Resistencia o de los alemanes. En su libro se descubre que la colaboración no fue una política impuesta a los franceses, sino propuesta por una parte de ellos, que en 1940 y 1941 era muy mayoritaria. También aparece claro que el régimen de Pétain representó a un sector importante de la sociedad francesa, tanto que en 1965 el director de su radio oficial obtuvo un millón de votos en las elecciones presidenciales. Como también sucedió en España con el transcurso del tiempo, los historiadores foráneos han sido sustituidos en la calidad y originalidad de su investigación por los nacionales. Dos de ellos, Durand y Laborie, han señalado cómo el momento decisivo en la evolución de Vichy se produjo sólo en los primeros meses de 1944. Entonces se deterioró definitivamente una situación política que venía entenebreciéndose desde 1942 y el régimen se convirtió en represor y policiaco.

Característico de Francia ha sido la proliferación de escándalos en torno al pasado de personajes relevantes en la vida pública. A España nos ha llegado tan sólo el más sonado, la acusación contra Mitterrand de haber participado en ese colaboracionismo, algo que era ya conocido por los historiadores. No ha sido, sin embargo, el único caso: Bernard Henri Lévy, ese género tan francés de cruce entre periodista e intelectual, denunció a quienes participaron en la escuela de cuadros políticos de Uriage, al servicio de Pétain, entre los que figuraba el futuro director de *Le Monde*. Otro escándalo fue la acusación contra el héroe emblemático de la Resistencia, Jean Moulin, de haber sido un compañero de viaje del comunismo recalcando la paradoja de que el principal adversario del fascismo era un totalitario. La denuncia la hizo el periodista Thierry Wolton y la respuesta ha venido de un historiador, Vidal Naquet. Es significativo esta especie de pugilato profesional entre unos y otros porque revela una distancia entre la historia profesional, que sabe que juzgar el pasado con los exclusivos ojos del presente es anacrónico, y el periodismo que exige una ruptura con lo que siguen siendo los convencionalismos que se aprenden en los libros de texto de la enseñanza obligatoria. Una polémica parecida se ha producido con el filme de Claude Chabrol *El ojo de Vichy*.

En Italia, el antifascismo ha tenido una función simbólica todavía mayor que en Francia: a fin de cuentas, De Gaulle no fue un resistente, sino un exiliado y, en cambio, Italia por unos meses estuvo gobernada por un jefe de la Resistencia, Ferruccio Parri; además, Italia no tuvo un régimen democrático estable hasta 1945 y eso exigía un consenso esencial no sólo respecto de la Constitución, sino durante una previa lucha común. Esa sensación la experimentaban todos los grupos políticos y eso explica, por ejemplo, que en uno de los libros de Andreotti se recuerde que hubo 80.000 partisanos democristianos y que tuvieron 1.200 muertos, cifras incomprobables. Durante años la interpretación heroica de la Resistencia se ha visto alimentada por multitud de instituciones destinadas a historiarla en las que no siempre se distinguía entre saber científico y experiencias de quienes vivieron la lucha.

Sólo a partir de 1965 se ha empezado a hacer una historia con los requisitos de la ciencia y con criterios semejantes a los de otros periodos. El historiador Renzo de Felice ha sabido, mediante el recurso a fuentes inéditas, reconstruir un pasado protagonizado por hombres, con todos los matices propios de situaciones tan complicadas e imposible de convertir tan sólo en una lucha entre buenos y malos. Muchos de sus puntos de vista son discutibles, pero no hay duda de que ha llegado a traducir a la realidad el propósito de Croce, que decía que él nunca haría la historia del fascismo porque le desagradaba profundamente, pero sabía que debía ser hecha "de forma precisa". Políticos e intelectuales relacionados con el partido comunista, como Amendola, admitieron luego el carácter minoritario de la Resistencia hasta fechas avanzadas, añadiendo que, si después de 30 años no podía admitirse que el fascismo había sido aceptado por la mayoría, era que el daño causado por él a la sociedad italiana resultaba demasiado profundo. Cincuenta años después la coincidencia de los historiadores parece ya completa. Claudio Pavone, un historiador que estuvo en la Resistencia, ha escrito un libro sobre la "moralidad" que animó a ésta, cuyo título es *Una guerra civil*, el mismo que tendrá el último tomo de la biografía de Mussolini que está escribiendo De Felice. □

La pícara catedral

La catedral de San Pedro, en la ciudad de Beauvais, región de Picardía, departamento del Oise, ha visto pasar a lo largo de los siglos por sus agujas góticas varias guerras sin sufrir ningún daño.



LOS ESPAÑOLES VIVIERON CON APASIONADA INTENSIDAD

ESPAÑA

LA GUERRA MUNDIAL Y, EN MUCHOS CASOS, TANTO REPUBLICANOS

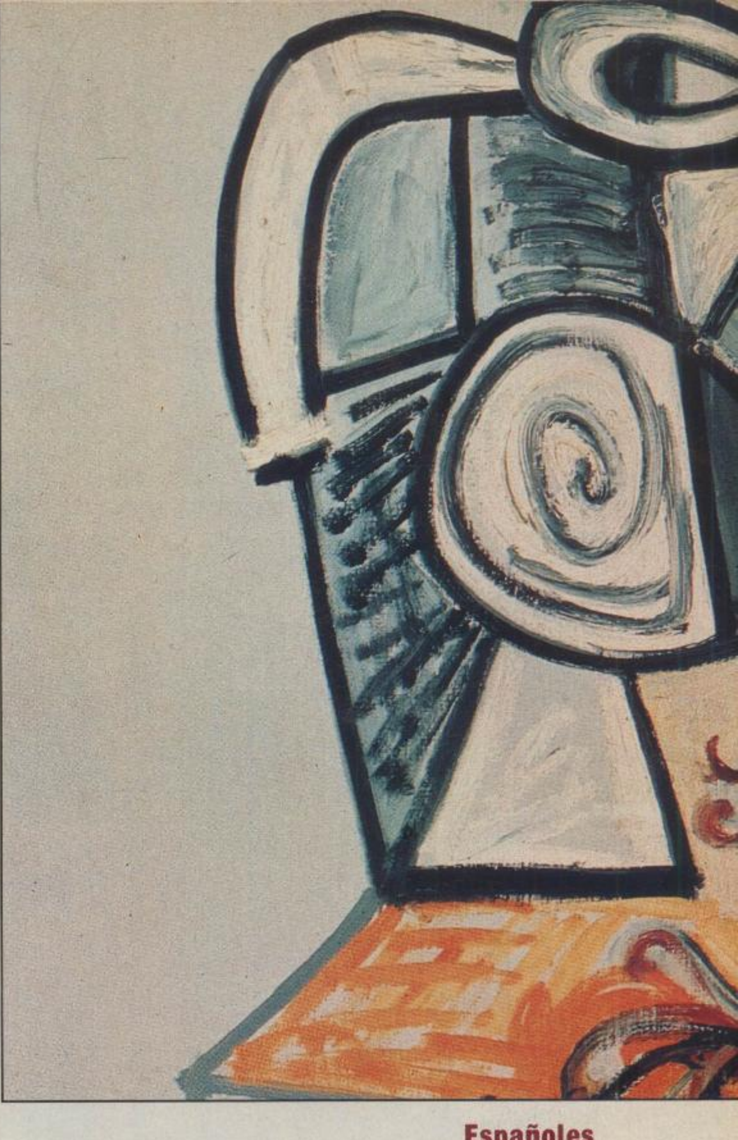
Y LA

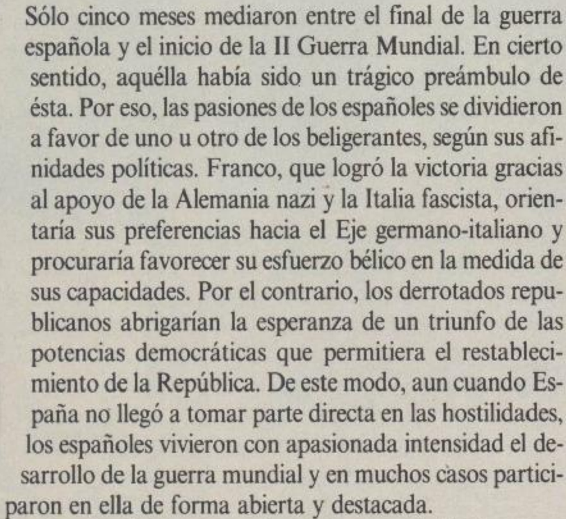
COMO FRANQUISTAS PARTICIPARON EN ELLA DE FORMA

GUERRA

IDEALISTA, ABIERTA Y DESTACADA

ENRIQUE MORADIELLOS





Españoles en París

Muchos artistas españoles exiliados vivieron en Francia la guerra mundial. Entre ellos, Picasso (arriba, *Bodegón con calavera y puerros)* y Julio González (a la izquierda, su obra *Madame cactus).*

Sólo cinco meses mediaron entre el final de la guerra española y el inicio de la II Guerra Mundial. En cierto sentido, aquélla había sido un trágico preámbulo de ésta. Por eso, las pasiones de los españoles se dividieron a favor de uno u otro de los beligerantes, según sus afinidades políticas. Franco, que logró la victoria gracias al apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista, orientaría sus preferencias hacia el Eje germano-italiano y procuraría favorecer su esfuerzo bélico en la medida de sus capacidades. Por el contrario, los derrotados republicanos abrigarían la esperanza de un triunfo de las potencias democráticas que permitiera el restablecimiento de la República. De este modo, aun cuando España no llegó a tomar parte directa en las hostilidades, los españoles vivieron con apasionada intensidad el desarrollo de la guerra mundial y en muchos casos participaron en ella de forma abierta y destacada.

La España de Franco estaba seriamente limitada por su situación interna y geoestratégica para desplegar una activa política exterior acorde con sus preferencias: la población estaba diezmada y exhausta; las destrucciones bélicas habían dañado seriamente la infraestructura productiva; la situación financiera era desesperada, y en el plano estratégico y militar no había medios ni capacidad para enfrentarse a posibles acciones ofensivas francesas o británicas contra el Marruecos español, las costas y territorios insulares o las fronteras pirenaica y portuguesa.

En esas condiciones, por mucho que la ideología oficial fuera rabiosamente antidemocrática, francófoba, anglófoba, y postulase la recuperación de Gibraltar y la expansión imperial en África, la realidad exigía paz para ejecutar una reconstrucción que no podría financiarse sin ayuda de esas mismas potencias democráticas. Por eso, la reacción de Franco ante el inicio de la guerra fue la única posible: el 4 de septiembre de 1939 decretó la "estricta neutralidad" de España en el conflicto. De todos modos, ello no impidió la identificación con la causa de Alemania y un apoyo encubierto a su esfuerzo bélico: la prensa franquista se mostró sistemáticamente progermana; se permitió la actuación de agentes nazis en territorio español y se facilitó el aprovisionamiento secreto de buques y submarinos alemanes en puertos españoles.

Las victorias de Alemania en junio de 1940, junto con la entrada de Italia en la guerra, cambiaron la situación. Consumada la derrota de Francia y a punto de iniciarse el asalto alemán contra una Inglaterra aislada, Franco se vio seriamente tentado de entrar en la guerra al lado del Eje. El problema era que España no podría soportar un esfuerzo bélico prolongado, dada su debilidad económica, su vulnerabilidad militar y el control naval británico de sus suministros alimenticios y petrolíferos. Por ello, el cauteloso Caudillo aspiraba a tomar parte en la guerra sólo cuando estuviera cerca su final. En palabras de Serrano Suñer, cuñado y entonces principal asesor político de Franco, la "intención era entrar en la guerra en el momento de la victoria alemana, a la hora de los últi-



PABLO PICASSO / COLLECTION CLAUDE RUIZ-PICASSO

mos tiros". Con ese fin, el 13 de junio de 1940 España abandonó su neutralidad y se proclamó "no beligerante" en el conflicto. Al día siguiente, la ciudad internacional de Tánger fue ocupada y anexionada al Marruecos español. El día 16, Franco ofrecía secretamente a Hitler su entrada en la guerra a cambio de condiciones: previos suministros alemanes de víveres, petróleo y artillería, y el compromiso de cesión de Gibraltar, el Marruecos francés, el Oranesado y las zonas colindantes a las colonias españolas del África ecuatorial.

Sin embargo, Hitler despreció como innecesaria la costosa oferta de beligerancia española. Aun así, a finales de septiembre de 1940, en plena batalla aérea sobre Inglaterra, Serrano Suñer fue enviado a Berlín para negociar los términos de la participación española en la guerra. Y las autoridades nazis nuevamente defraudaron las expectativas de Franco: a cambio de la cesión del Marruecos francés, Hitler pedía para Alemania una isla canaria, bases navales en Marruecos y la entrega de las colonias ecuatoriales.

Con el fin de buscar una solución a las diferencias, se acordó celebrar un encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940. Para entonces, el entusiasmo belicista de Franco se había atenuado debido al triunfo aéreo británico sobre la Lutfwaffe en el canal de la Mancha y al mantenimiento por la Royal Navy de su hegemonía en el Mediterráneo. Además, la situación alimentaria interna se había deteriorado (1940 fue el más duro de los años del hambre) y los altos mandos militares españoles, en su mayoría monárquicos, se oponían a la política intervencionista: la flota carecía de petróleo, no había fuerzas aéreas operativas, faltaban unidades mecanizadas y un sistema ferroviario para la movilización de tropas, y la población no toleraría más sacrificios después de la guerra civil.

En esas condiciones, durante la entrevista de Hendaya, Franco rehusó comprometerse a una fecha fija para entrar en la guerra si antes Hitler no aceptaba sus demandas. Pero el *führer* ni quiso ni pudo aceptarlas. Había concluido que era prioritario mantener a su lado a la Francia colaboracionista del mariscal Pétain, que garantizaba la neutralidad benévola del imperio africano francés e incluso su posible beligerancia antibritánica. En consecuencia, se negó a ofrecer una desmembración de dicho imperio que hubiera empujado a sus autoridades en los brazos de De Gaulle y Churchill: no podía ni quería arriesgar las ventajas que ya estaba reportando la colaboración francesa en aras de la costosa beligerancia de una España inerme y semidestruida. No obstante, Franco aceptó firmar un protocolo secreto en el que se comprometía a entrar en la guerra en fecha de su propia elección y en el que Hitler garantizaba futuras compensaciones territoriales en África.

Franco inventó la "teoría de las dos guerras": enemigo del comunismo, no beligerante entre el Eje y el Reino Unido

El curso posterior del conflicto fue demostrando a Franco que se trataba de una contienda prolongada y, en consecuencia, fue demorando *sine die* la beligerancia española, a pesar de las reiteradas demandas alemanas para que fijase el inicio del previsto ataque conjunto a Gibraltar. Al mismo fin contribuyó el empeoramiento de la situación económica interna y la exacerbación del conflicto entre militares y falangistas por el control político del régimen. En ese contexto, Franco mantuvo firme su alineamiento con el Eje ▷

▷ sin traspasar, por mera incapacidad, el umbral de la guerra.

El momento cumbre de esa identificación tuvo lugar en junio de 1941, tras la invasión alemana de la URSS. Bajo el lema "Rusia es culpable", Franco decidió el envío de la División Azul. En total, 47.000 españoles lucharían en el frente oriental hasta 1944 y 5.000 de ellos perderían la vida en combate. El Caudillo trató de defender esta medida ante los británicos con una singular "teoría de las dos guerras": España era beligerante en la lucha contra el comunismo, pero seguía siendo no beligerante en la lucha entre el Eje y el Reino Unido en Europa occidental.

La entrada de Estados Unidos en la guerra, los fracasos militares italianos en Libia y el freno de la ofensiva alemana en Rusia fueron socavando la confianza franquista en una victoria final del Eje. En el interior, la crisis entre militares y falangistas estalló en agosto de 1942 y forzó la salida de Serrano Suñer del Ministerio de Asuntos Exteriores y su sustitución por el general Gómez-Jordana. En esas condiciones, el desembarco anglo-americano en Marruecos y Argelia, en noviembre de 1942, frustró las veleidades intervencionistas de Franco. Desde entonces, la diplomacia española fue recuperando un tinte más cauteloso. La caída de Mussolini, en julio de 1943, y la presión de los aliados (materializada en un breve embargo de petróleo) precipitaron el lento giro neutralista: el 1 de octubre de 1943, Franco decretó el retorno de España a la "estricta neutralidad"; en noviembre dispuso la disolución de la División Azul, y en mayo de 1944 suspendió las exportaciones de volframio a Alemania, clausuró el consulado nazi en Tánger y prometió acabar con las facilidades logísticas de los servicios secretos germanos.

Los liberadores de Mauthausen pasaron bajo una bandera republicana española y oyeron el Himno de Riego

En definitiva, Franco se plegaba a las exigencias aliadas, decidido a sobrevivir al hundimiento del Eje y del fascismo en Europa. Y para ello apelaba al anticomunismo y al catolicismo de su régimen e iniciaba la operación propagandística destinada a mostrarlo como "el centinela de Occidente" y el estadista que "con hábil prudencia resistió a Hitler y preservó la neutralidad". A la par, comenzaba la conveniente satanización de Serrano Suñer, achacándole la responsabilidad de las proclividades filonazis del pasado. Sin embargo, la derrota alemana en mayo de 1945 significó el inicio de un largo purgatorio para el régimen franquista (condena de la conferencia de Potsdam, veto al ingreso en la ONU, retirada de embajadores). Sólo el agravamiento del incipiente clima de guerra fría entre los principales antiguos aliados (la URSS y Estados Unidos) permitiría la eventual reintegración de la España de Franco en el ámbito occidental como inevitable socio menor y despreciado.

En abierto contraste con la conducta filonazi del régimen de Franco, los republicanos españoles exiliados contribuyeron de modo directo al esfuerzo de guerra de las potencias democráticas. No en vano entre los más de 300.000 españoles refugiados en Francia, un tercio amplio estaba formado por veteranos oficiales y soldados del Ejército Popular de la República. En el caso de los 6.000 refugiados en la URSS, algo menos de la sexta parte eran militares experimentados. Su veteranía, unida a su antifascismo, les empujaría a combatir contra el Eje en la guerra mundial. Esta participación directa española en el bando aliado, junto con la odisea de sufrimientos y penurias experimentada por el resto de los republicanos exiliados, constituye el capítulo más desconocido y olvidado de la historia de España durante la II Guerra Mundial.

De la masa de refugiados españoles en Francia, más de 15.000 se incorporaron como voluntarios en el Ejército francés. Se calcula que entre 1940 y 1944 unos 6.000 soldados españoles al servicio de Francia perdieron la vida en combate regular contra fuerzas germanas e italianas. Tras la ocupación nazi de Francia, una parte de los refugiados republicanos optó por emprender la vía de la resistencia antes de entrar en los campos de internamiento y trabajo franceses o de ser deportados hacia los campos de concentración de Alemania. En septiembre de 1940 se registró la primera acción guerrillera española, bastantes meses antes de que empezara a configurarse la actividad de la resistencia francesa en el interior.

En cualquier caso, los 50 guerrilleros españoles operantes a finales de 1940 se habían convertido en 1944 en los 10.000 miembros de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, integrante de las Forces Françaises de l'Interieur de De Gaulle. Su labor fue decisiva en la liberación de Toulouse y de los departamentos del suroeste en agosto de 1944. También participaron en la liberación de París el 25 de agosto, siendo una columna española de las fuerzas motorizadas del general Leclerc la que primero entró en la capital para expulsar a los alemanes. Sus vehículos llevaban nombres tan evocadores de la guerra española como Belchite, Brunete, Guadalajara, Ebro, Guernica, Madrid y Teruel.

Los refugiados españoles en la URSS, en su mayoría comunistas, contaban con un número notable de jefes y oficiales republicanos que se incorporaron al Ejército Rojo: Modesto, Líster, Cordón, *El Campesino*... Desde la invasión nazi en junio de 1941, unos 700 españoles combatieron contra el Ejército alemán en el seno de las fuerzas soviéticas, y alrededor de 300 perdieron la vida o desaparecieron en combate. Dos alcanzaron particular renombre: Rubén Ruiz Ibárruri, único hijo varón de *La Pasionaria,* que cayó en Stalingrado, y Santiago de Paul Nelken, hijo de la diputada socialista Margarita Nelken. Además, de los más de 3.000 niños españoles que habían buscado refugio en la URSS durante la guerra civil, casi la mitad murieron durante la guerra mundial como resultado de las privaciones y del hambre sufridas por toda la población.

La experiencia de los refugiados republicanos españoles en los campos de internamiento y trabajo de Francia o deportados a Alemania fue también trágica. Ninguna odisea superó en dramatismo la del contingente de 7.000 prisioneros antifascistas españoles deportados al campo nazi de Mauthausen, en la ribera del Danubio austriaco. En aquel infierno sobre la tierra, unos 4.600 españoles perdieron la vida (la mayor parte, asesinados por las SS) y sólo 2.400 sobrevivieron a la liberación en mayo de 1945. A pesar de ello, los supervivientes tuvieron el valor suficiente para realizar el último acto de afirmación política: cuando la primera unidad norteamericana entró en Mauthausen para liberarlo, tuvo que pasar bajo una bandera de la República española y fue recibida con el canto del Himno de Riego.

Sin embargo, el entusiasmo de los republicanos españoles por la victoria sobre el Eje iba a quedar muy pronto aminorado y desmentido. En el verano de 1945 ya se percibía claramente la firme resistencia de los aliados para proseguir el combate contra el régimen franquista e ir más allá de las meras condenas formales. El temor a desencadenar una nueva guerra civil o a favorecer la expansión comunista en la Península contrapesaba la repugnancia abrigada en Washington y Londres contra el Caudillo. En esas condiciones, los republicanos exiliados se vieron obligados a encarar el inicio de su segunda posguerra con una amarga mezcla de júbilo merecido y honda frustración. La victoria aliada en la guerra mundial, a la que tanto habían contribuido, iba a detenerse en los Pirineos y a respetar el veredicto adverso de la guerra civil. □

Caídos por la libertad

Aunque muchos franceses se plegaron a los alemanes o al régimen de Vichy, 6.000 exiliados españoles dieron su vida por la libertad y por Francia. Picasso les rindió este homenaje pictórico.


AUX
ESPAGNOLS
MORTS
POUR
LA FRANCE

Cronología de la guerra (1939-1945)

Europa y Mediterráneo

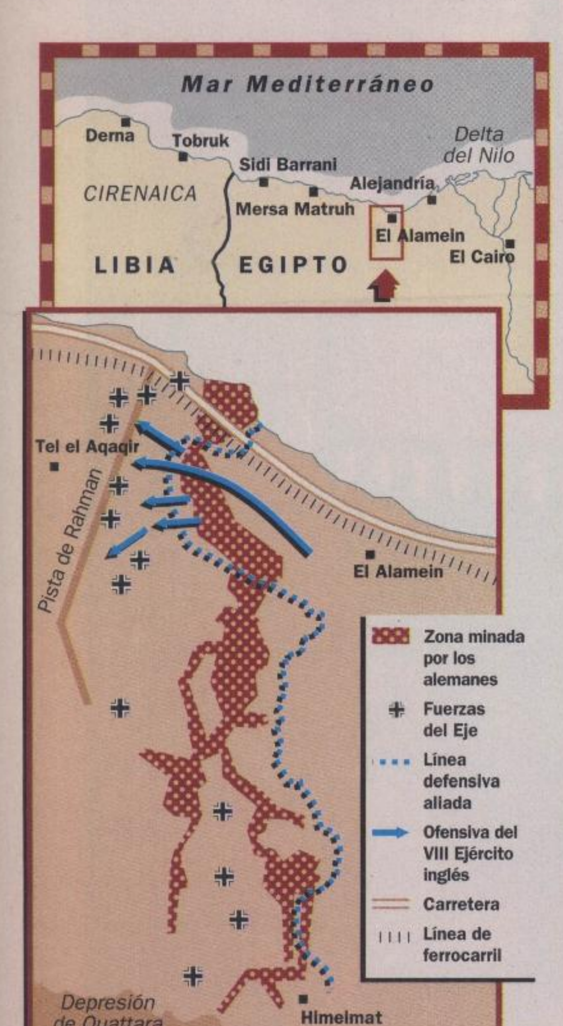
1943

14 de enero: se celebra la conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt
31 de enero: Paulus se rinde en Stalingrado.
8 de febrero: los rusos recuperan Kursk y Rostov.
Abril-mayo: levantamiento del gueto de Varsovia.
12 de mayo: los alemanes se rinden en Túnez.
5-15 de julio: batalla de carros en Kursk.
10 de julio: los aliados desembarcan en Sicilia.
25 de julio: cae Mussolini. Badoglio preside el nuevo gobierno italiano.
3 de septiembre: invasión de Italia. Días después, los alemanes ocupan Roma y liberan a Mussolini.
1 de octubre: los aliados liberan Nápoles. Italia declara la guerra a Alemania.

Asia y Pacífico

1943

28 de noviembre: conferencia de Teherán entre Churchill, Roosevelt y Stalin.
4 de enero: los japoneses se retiran de Guadalcanal, su primera derrota en tierra.
Febrero-abril: ofensiva británica, al mando de Wingate, en forma de guerrilla en Birmania.
2 de marzo: batalla del mar de Bismarck.
18 de abril: los americanos derriban el avión en el que iba el almirante Yamamoto, principal jefe de la flota japonesa.
29 de junio: desembarco americano en Nueva Guinea.



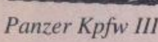
LA BATALLA DE EL ALAMEIN

Los británicos habían concentrado gran número de tropas en El Alamein a lo largo de los 60 kilómetros desde la costa hasta la depresión de Qattara. Montgomery se lanzó con la luna llena de octubre de 1942 contra las tropas de Rommel, que no estaban bien abastecidas. Los alemanes tuvieron que retirarse hacia el oeste.





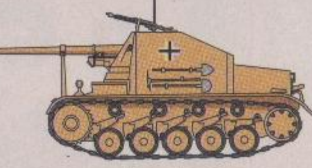




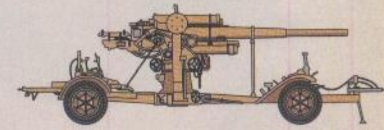
Panzer Kpfw III



Panzer Kpfw VI Tiger



Marder II



Cañón 88 mm

Las cargas de Monty

El general Montgomery, conocido como Monty y gran vencedor en El Alamein, observa al enemigo antes de ordenar un ataque en el desierto. Monty fue ascendido, condecorado y ennoblecido. Churchill (en el centro) necesitaba esta primera victoria. A la derecha, un carro británico persigue a otro alemán el 25 de noviembre de 1942. En primer plano un carro alemán inutilizado.

La impaciencia de Churchill

1. El encuentro decisivo fue el 4 de noviembre, cuando los blindados británicos abrieron huecos en las líneas alemanas.

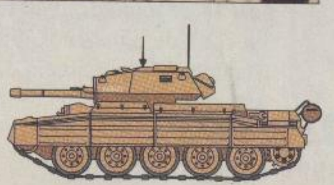
2. Los británicos interceptaron la pista de Rahman y tomaron el cuartel general alemán.

3. Las tropas del Africa Korps se encontraban desfallecidas por los escasos abastecimientos. En los primeros días de noviembre se retiraron.

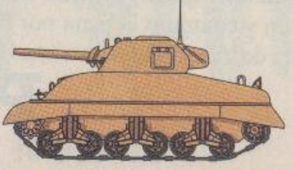
Churchill aguardaba en Londres la noticia de una victoria total que hubiera acabado con el contingente alemán, la primera conseguida en la guerra, pero se tuvo que conformar con una parcial que, sin embargo, abrió las puertas para la invasión de Sicilia y del resto de Italia.



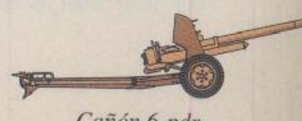
Matilda



Crusader III



M4 Sherman



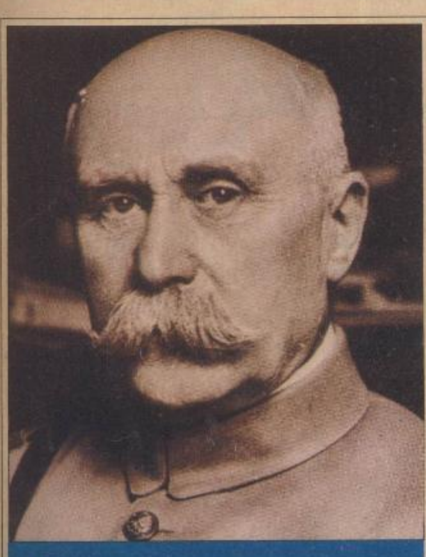
Cañón 6-pdr

PROTAGONISTAS
DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939
1945

La I Guerra Mundial creó en Francia el mito de Verdún, la ciudad que resistió el asalto alemán durante 10 meses. El general Pétain, encargado de su defensa, se convirtió en un héroe nacional. Luego mandó el ejército francés en Marruecos (1925-1926), fue ministro de la Guerra (1934) y embajador ante Franco (1939). Cuando los alemanes entraron en París, Pétain, ya mariscal y un anciano de 84 años, fue llamado por el Parlamento a la Presidencia del Gobierno. Lejos de resistir como en Verdún, Pétain capituló: el 22 de junio firmó con los alemanes (y, días después, con los italianos) un armisticio, por el que Francia quedó dividida, una parte bajo ocupación alemana y otra (centro, sur, colonias), nominalmente soberana, cuya jefatura asumió Pétain, que fijó la capital en Vichy.

PÉTAIN



Encabezó la Francia de Vichy, que era un régimen autoritario y católico

Pétain, que procedía de una familia de campesinos acomodados, era un militar tradicional y conservador; la Francia de Vichy fue un régimen autoritario y católico, que fomentó la educación religiosa, prohibió el divorcio y la masonería, suprimió los sindicatos y promovió una política paternalista de protección a la familia y a la vejez. Antítesis de la Francia republicana y laica, su lema fue "trabajo, familia, patria".

Pétain intervino poco en la gestión del Gobierno, que delegó en Laval, Flandin y Darlan. Su régimen gozó inicialmente de amplio consenso social. Pétain creyó que podría salvaguardar la independencia de Francia. Fue un error. Desde abril de 1942, Alemania impuso una política de estrecha colaboración e hizo de Vichy, con hombres como Laval, Déat, Bonnard y Brinon, un mero satélite a su servicio: una legión de voluntarios franceses fue enviada al frente ruso, se crearon unidades francesas de las SS y se adoptaron duras medidas antisemitas.

En agosto de 1944, al producirse la liberación de Francia, Pétain y los hombres de Vichy se refugiaron en Alemania. Cuando terminó la guerra, Pétain se entregó a las autoridades francesas. Fue juzgado por traición y condenado a muerte. Pero De Gaulle no quiso que terminara así la vida del héroe de Verdún y conmutó la pena por la de reclusión perpetua en la isla de Yeu, donde murió en 1951.

El 16 de junio de 1940, Francia, presidida por el mariscal Pétain, capituló ante Alemania. Pero el día 18, el general De Gaulle llamaba desde Londres, a donde había llegado horas antes, a la resistencia. De Gaulle, un militar de ideas conservadoras, que había seguido, en parte gracias a Pétain, una carrera brillante, excelente escritor de temas militares, que al producirse el ataque alemán (mayo de 1940) era coronel y que, en apenas un mes, ascendió, por méritos de guerra, a general de brigada y a subsecretario de Defensa, había salvado, con su llamamiento, por lo menos el honor de Francia.

Durante la guerra, su tarea (hacerse con una base territorial, impulsar la resistencia y lograr el reconocimiento de los aliados) parecía imposible. De Gaulle supo llevarla a cabo. En 1941 creó el Comité Nacional de la Francia Libre; en 1943 formó, en la clandestinidad, el Consejo Nacional de la Resistencia y luego, en Argel, el Comité Francés de Liberación Nacional —cuya presidencia compartió por unos meses con el general Giraud—, un verdadero Gobierno provisional. Desde 1941, unidades militares suyas combatieron con los aliados en distintos frentes (aunque se les excluyó de la preparación del desembarco en el norte de África, en noviembre de 1942). La división Leclerc participó en el desembarco de Normandía: fue la primera unidad en entrar en París, el 24 de agosto de 1944 (De Gaulle lo hizo, aclamado por los parisienses, al día siguiente). De Gaulle, con todo, no logró el reconocimiento definitivo de los aliados hasta julio de 1944 y aun así, no fue invitado a las conferencias de Yalta y Potsdam, algo que no perdonó jamás.

DE GAULLE



Nunca perdonó que los aliados no le invitaran a Yalta y Potsdam

Su idea para Francia era una República presidencialista, unitaria y fuerte; al no lograrlo, dimitió como presidente del Gobierno provisional el 20 de enero de 1946 y se retiró, hasta 1958, de la política. Arrogante, solemne, ampuloso, culto, irónico, convencido de ser la encarnación del destino de Francia, De Gaulle era a la vez formidable e insoportable. Su gesto del 18 de junio de 1940 fue memorable: hizo posible que, al cabo de unos años, Francia volviera a ser una nación independiente y libre. / **J. P. FUSI**

Página/12
MEMORIA DE LA II SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Próximo capítulo: Arte y cine bélicos